

LA PEQUEÑA CERILLERA

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

LA PEQUEÑA CERILLERA

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Era terriblemente frío y casi oscuro en la última tarde del viejo año, y la nieve caía rápidamente. En el frío y la oscuridad, una pobre niña pequeña, con la cabeza descubierta y los pies desnudos, vagaba por las calles. Es cierto que llevaba un par de zapatillas cuando salió de casa, pero no eran de mucha utilidad. Eran muy grandes, tan grandes, de hecho, que habían pertenecido a su madre, y la pobre criatura las había perdido al cruzar la calle para evitar dos carruajes que pasaban a una velocidad terrible. Una de las zapatillas no pudo encontrarla, y un niño se apoderó de la otra y huyó con ella, diciendo que podría usarla como cuna, cuando tuviera hijos propios. Así que la niña continuó con sus pequeñitos pies desnudos, que estaban bastante rojos y azules de frío. En un viejo delantal llevaba un número de fósforos, y tenía un manojo de ellos en sus manos. Nadie le había comprado nada en todo el día, ni siquiera le habían dado un centavo. Temblando de frío y hambre, avanzaba a rastras; pobre niñita, era la viva imagen de la miseria. Los copos de nieve caían sobre su largo y rubio cabello, que colgaba en rizos sobre sus hombros, pero ella no les prestaba atención.

Luces brillaban desde cada ventana, y había un olor sabroso a ganso asado, pues era víspera de Año Nuevo—sí, ella lo recordaba. En un rincón, entre dos casas, una de las cuales sobresalía más allá

de la otra, se hundió y se acurrucó. Había recogido sus pequeños pies debajo de ella, pero no podía evitar el frío; y no se atrevía a ir a casa, pues no había vendido ningún fósforo, y no podía llevar ni siquiera un centavo de dinero. Su padre seguramente la golpearía; además, hacía casi tanto frío en casa como aquí, pues solo tenían el techo para cubrirse, a través del cual aullaba el viento, aunque los agujeros más grandes habían sido tapados con paja y trapos. Sus pequeñas manos estaban casi congeladas por el frío. ¡Ah! quizás un fósforo encendido podría ser de alguna utilidad, si pudiera sacarlo del manajo y frotarlo contra la pared, solo para calentar sus dedos. Sacó uno—"¡iras!" cómo chisporroteaba al quemarse. Daba una luz cálida y brillante, como una pequeña vela, mientras ella mantenía su mano sobre ella. Era realmente una luz maravillosa. Parecía a la niña que estaba sentada junto a una gran estufa de hierro, con patas de latón pulido y un adorno de latón. ¡Cómo ardía el fuego! y parecía tan hermosamente cálido que la niña estiró sus pies como si para calentarlos, cuando, ¡he aquí! la llama del fósforo se apagó, la estufa desapareció, y ella solo tenía los restos del fósforo medio quemado en su mano.

Frotó otro fósforo contra la pared. Estalló en llamas, y donde su luz caía sobre la pared, esta se volvía tan transparente como un velo, y ella podía ver dentro de la habitación. La mesa estaba cubierta con un mantel blanco como la nieve, sobre el cual estaba puesto un espléndido servicio de cena, y un ganso asado humeante, relleno de manzanas y ciruelas secas. Y lo que era aún más maravilloso, el ganso saltó del plato y se pavoneó por el suelo, con un cuchillo y un tenedor en su pecho, hacia la niña. Entonces el fósforo se apagó, y no quedó nada más que la gruesa, húmeda y fría pared frente a ella.



LA MUERTE DE LA VENDEDORA DE FÓSFOROS.

Encendió otro fósforo, y entonces se encontró sentada bajo un hermoso árbol de Navidad. Era más grande y más bellamente decorado que el que había visto a través de la puerta de vidrio en la casa del rico comerciante. Miles de velas ardían en las ramas verdes, y imágenes coloreadas, como las que había visto en las vitrinas, lo miraban todo desde arriba. La pequeña extendió su mano hacia ellas, y el fósforo se apagó.

Las luces de Navidad subían más y más alto, hasta que para ella parecían las estrellas en el cielo. Entonces vio caer una estrella, dejando tras de sí una brillante estela de fuego. "Alguien está muriendo", pensó la niña, pues su anciana abuela, la única que

alguna vez la había amado, y que ahora estaba muerta, le había dicho que cuando cae una estrella, un alma estaba ascendiendo a Dios.

Volvió a frotar un fósforo contra la pared, y la luz brilló a su alrededor; en el resplandor estaba su vieja abuela, clara y resplandeciente, pero al mismo tiempo suave y amorosa en su aspecto. "Abuela", gritó la pequeña, "Oh llévame contigo; sé que te irás cuando el fósforo se apague; desaparecerás como la estufa cálida, el ganso asado y el gran y glorioso árbol de Navidad." Y se apresuró a encender todo el manojo de fósforos, pues quería mantener a su abuela allí. Y los fósforos brillaron con una luz más brillante que el mediodía, y su abuela nunca había parecido tan grande ni tan hermosa. Tomó a la niña en sus brazos, y ambas volaron hacia arriba en brillo y alegría, muy por encima de la tierra, donde no había ni frío ni hambre ni dolor, pues estaban con Dios.

Al amanecer de la mañana yacía la pobre pequeña, con las mejillas pálidas y la boca sonriente, apoyada contra la pared; había muerto de frío en la última tarde del año; ¡y el sol de Año Nuevo se levantó y brilló sobre un pequeño cadáver! La niña todavía estaba sentada, en la rigidez de la muerte, sosteniendo los fósforos en su mano, uno de los cuales estaba quemado. "Intentó calentarse", dijeron algunos. Nadie imaginó qué cosas hermosas había visto, ni en qué gloria había entrado con su abuela, en el día de Año Nuevo.

1. [La pequeña cerillera - Hans Christian Andersen](#)
2. [La pequeña cerillera](#)
3. [Hans Christian Andersen](#)